

RUBEN DARÍO EL PARNASIANISMO

Alberto Torés García

Sin volver la vista atrás como decía Hemingway y con el azul de Mallarmé que nos reviste, los innumerables lectores/as de Ruben Darío sabrán que el espectacular aparato crítico que respalda su obra no solo poética sino también referida a cuentos, novelas y crónicas podría inicialmente invalidar nuestro propósito de registrar un nuevo volumen monográfico dedicado a Rubén Darío en el centenario de su muerte.

Por consiguiente, no hay pretensión de hallazgos o aportes originales sino el legítimo deseo de reconocer el talento incontestable y vigente del poeta nicaragüense, viajero y cosmopolita:

... “ *Mata la indiferencia taciturna
y engarza perla y perla cristalina
en donde la verdad vuelca su urna,*

además de presentar un cuadro ya conocido de Rubén Darío y el Parnasianismo, ordenado según el modesto parecer de un lector interesado y admirador de su verso.

Ya Erwin Kempton Mapes, publicaba un libro esencial en Librairie Ancienne Eduard Champion 1925, su tesis doctoral en torno a la influencia francesa en la literatura española e hispanoamericana del siglo 19. Se da como escuela literaria española determinante de la última parte del siglo 19, el Modernismo que se inicia en Chile en 1881 con la publicación de *AZUL* de Rubén Darío.

En gran medida, podríamos decir de forma muy general, ciertamente, que el fondo modernista consistió en la adaptación y armónica mezcla de procedimientos propios de escuelas francesa decimonónicas, especialmente el Romanticismo, el simbolismo y el Parnasianismo.

En el caso de Darío, no cabe duda que la premisa en virtud de la cual la existencia social determina la conciencia social se cumple a la perfección. Pues a temprana edad lee la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES DE RIVADENEYRA, especialmente Góngora y Berceo, profundiza lo relacionado con las mitologías griega y latina, cuyas huellas recorrerán sus obras y por supuesto lee a Víctor Hugo y a Teófilo Gautier.

Una precocidad que le lleva no ya a traducir textos de Gautier sino a iniciarse en la poesía, de manera que con apenas 18 años publica su primer poemario “*Epístolas y poemas*”.

Influencia francesa fuera de toda duda, cuando refiere en el Poema 1 de

“*Cantos de vida y esperanza*”:

*El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos,
y muy siglo diez y ocho y muy antigua
y muy moderno: audaz, cosmopolita
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
y una sed de ilusiones infinita.*

Ciertamente se identifica a Darío con el movimiento surgido en la literatura hispanoamericana a finales del siglo XIX, el Modernismo. De hecho, su obra *Azul* publicada en 1888, se toma como el origen oficial del movimiento. En buena lógica, siempre hay un trasfondo colectivo que toma conciencia de las nuevas realidades, Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, aunque Darío muestra los signos inequívocos y rutilantes de su vocación poética, sintetizando los elementos dispersos en la poesía, y también en la prosa de los escritores que le precedieron. Juan Valera lo acoge como el poeta del “galicismo mental”. Sin duda, su pasión por la literatura francesa es manifiesta porque a la vez simboliza un anhelo de evasión y un modo de concretarlo. Pedro Salinas diría al respecto que Darío mostraba el “complejo de París”. En efecto, Darío desata su curiosidad y placer en un mundo nuevo de objetos mitológicos, orientales y de Francia rococó. Hasta la evocación del campo argentino y español hay un "espejo deformante" fabricado en París.

Pero otros estudiosos, como Saint-Beuve entienden que la obra de un escritor se explica básicamente por los hechos de su vida. Sólo con estos testimonios podríamos destacar la escritura de Rubén Darío. Pero, esa relación parnasiana encuentra detractores. Hay quien entiende que Rubén Darío no fue el poeta de América como señala José Enrique Rodó en su obra *Rubén Darío : su personalidad literaria, su última obra* , Biblioteca Miguel de Cervantes, 2012. En este sentido se pronunciaba Paul Groussac que afirmaba que Rubén Darío no hizo un arte americano original sino que se limitó a copiar la Literatura Francesa. En cualquier caso, no parece un argumento de peso, pues, si nos vamos al terreno de la música, uno de los grandes temas de jazz fue “My favorite things” de John Coltrane que no fue sino un arreglo, o “Entre dos aguas” de Paco De Lucía, tema grandioso donde los haya, o la poesía de Garcilaso. Lo que sí podemos afirmar es que al leer a Rubén Darío tenemos una polifonía sencillamente espectacular, unos anhelos de diálogos con grandes maestros de la literatura, unos manifiestos deseos de dar salida a las impresiones de sus lecturas. En su obra *Azul*, percibimos las resonancias de Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey D' Aureville, Goncourt, Flaubert. Una poesía singular, sensual, sugerente de Darío.

En efecto, Roberto Brenes Mesen señala que “en 1888, Rubén Darío no solo leía la lengua de Verlaine, sino que conocía el tratado de Versificación

de Theodore Banville, que en otros objetivos trataba de definir de modo didáctico que la poesía tenía que salirse de lo encorsetaba que estaba, privilegiando el canto sobre la medida, flexibilizando el alejandrino y liberándolo de los rigores de la simetría, incluso escribió versos en francés. La edición original de *Azul* contenía varios poemas cortos en francés”, probablemente porque bien señalaba el propio poeta Rubén Darío, “ el arte no es un conjunto de ideas, sino una armonía de caprichos”, una exploración de formas métricas que a la postre nos brindó obras tan incontestables como *Azul*, 1888, *Prosas Profanas y otros poemas*, 1896, *Cantos de vida y esperanza*, 1905, *El Canto errante*, 1907.

En cualquier caso, se nos hace indispensable señalar el libro de Antonio Carvajal, *Sonetos de Azul...a Otoño*, Editorial Hiperión, Madrid, 2004, que no sólo sitúa la escritura de Darío en su justa dimensión en cuanto a métrica y retórica literaria se refiere sino que gracias al rigor, precisión y detalle de sus comentarios refuerza si cabe aún más la talla poética de Rubén Darío.

Probablemente los golpes de azar a veces determinan sucesos indiscutibles. En España, Darío llega a conocer a hombres de letras tan importantes como Nuñez de Arce, Valera, Campoamor, Zorrilla y Menéndez Pelayo, que junto al trato que tuvo con poeta francés como Moreas o Maurice Duplessi, le brindaron de manera inconsciente, un abanico de posibilidades que sumo como nadie combinar magistralmente. Desde luego, excluyo la insatisfacción que tuvo que producirle el encuentro con Verlaine que apareció ebrio.

Por otro lado, también queremos fijar nuestra atención en un poeta y estudioso absolutamente excepcional como Pedro Salinas que decía que el gran tema de Darío era el erotismo. Darío además rechaza los valores impuestos por la sociedad burguesa, de ahí el artista marginado que muestra ideales de belleza frente a intereses materialistas. En *Prosas Profanas*, leemos: “Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra, mi querida, de París”, un reconocimiento estético que plantea en forma de metáfora erótica o transgresora cuando menos. Darío a diferencia, de lo señalado por Rodó y Groussac, sí es uno de los grandes poetas de la literatura latinoamericana. Sumemos al acierto armónico de los caprichos, sus emblemas escriturales que marcan los principios de una renovación de la forma poética, los cisnes, el azur, las máscaras, las palomas.

Por tanto, no debe extrañar que la superación del modernismo venga a través de otras formas poéticas, condensada en ese turbador poema de Enrique González Martínez :

*“Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje / que da su nota blanca al azul
de la fuente; / él pasea su gracia no más, pero no siente / el alma de las cosas ni
la voz del paisaje. / Huye de toda forma y de todo lenguaje / que no vayan*

acordes con el ritmo latente / de la vida profunda... y adora intensamente/ la vida, y que la vida comprenda tu homenaje...”

Señalaba anteriormente la extensa bibliografía sobre Rubén Darío. No vamos a proporcionar un exhaustivo listado, porque desde un artículo de Brenton Campbell de la Universidad de California, “La descripción Parnasiana en la poesía de Rubén Darío” hasta la edición crítica de José María Martínez en la Editorial Cátedra, Madrid, 1995, pasando por los estudios de Concha Zardoya, Alfonso García Morales, Jorge Eduardo Arellano, Carmen Ruiz Barrionuevo, Carlos Martín, la lista se ha interminable. Pero sí conviene indicar para quien sintiera verdadero interés la publicación de revistas especializadas en Rubén Darío que se editan anualmente en castellano, a saber, *El repertorio darío*, de la Academia Nicaragüense de la Lengua y coordinado por Silvio Gurdián Bissio, y “Archivo Rubén Darío” de los *Anales de Literatura Hispanoamericana*, de la Universidad Complutense, en Madrid, a cargo de Rocío Oviedo Pérez de Tudela. Publicaciones que mantienen la actualidad sobre ediciones, reediciones, compilaciones, aproximaciones, en suma, sobre todo lo concerniente a la obra de Darío.

En relación a ello, si tuviéramos que resaltar los rasgos parnasianos, de inmediato acudiríamos al léxico preciosista, a una acentuación rara, a la combinación de alejandrinos y eneasílabos, a la sintaxis potente, a una retórica reiterativa y sobre todo a las bases sobre las que se forjan el Parnasianismo y el Simbolismo que no son otras que las contraposiciones al Realismo y al Romanticismo, todo ello, localizado en Francia. Desde luego, los parnasianos proceden de los románticos, pero ceñirnos a considerar que Rubén Darío es fruto exclusivo de esa influencia sería injusto. Ciertamente que no vamos a borrar el contexto, pero sí cabe recordar su formación libresca, su propia vida, y el acierto de haber encontrado un verso singular. “No hay escuela hay poetas” nos dice bien alto Rubén Darío. Sin embargo, por comodidad tendemos a señalar el principio del siglo XX como una revolución estética en la poesía en Francia que conocerá dos frentes bien diferenciados, a saber el Parnasianismo y el Simbolismo que a su vez se oponían al Realismo y al Romanticismo. Vaya por delante que la escritura de Darío participa de todos estos frentes. En Rubén Darío hallamos los temas paganos exóticos, legendarios, cosmopolitas o la intimidad doliente, solo por citar algunas muestras. Su estilo ofrece variados tonos: lo frívolo, lo sensual, lo meditativo, la exaltación patriótica. y siempre nos asombra con su dominio de las más diversas formas. Sus deslumbrantes imágenes, su fuerza sensorial y su sentido de la musicalidad resultan proverbiales que a todas luces nos muestra el enriquecimiento de la métrica que aporta y se nos registra como uno de los grandes poetas en lengua hispana. Como gran eje vertebrador se observará que el Parnasianismo trató de emular los patronos de la poesía grecolatina, incluyendo sus formas clásicas, decantándose por cuadros de descripciones preciosistas, con temas relacionados con el arte y una preocupación por la belleza que, en gran medida, es y ha sido la bandera de las escuelas poéticas. Reconocemos a

Rubén Darío en este punto de partida, pero también lo reconocemos, en imágenes poéticas superadores de frivolidad y en una poesía más libre. Más aún, veremos a un Darío que pasa del estilo de vida versallesca, superando el parisiense gusto de los placeres refinados para abordar el tema español, y busca la España del Siglo de Oro, la imperial que no la decadente de su momento, aunque la línea del oro y la púrpura del esplendor y del colorido sigue en su puño y letra. Sin embargo, Darío nos muestra igualmente un obra con un sentido ocasional, pues a lo expuesto le sigue el tema americano, también un acento metafísico donde junto a su habitual erotismo aparecen notas amargas e inquietas. Es decir, en cierta manera, discurre por los lógicos procedimientos de la naturaleza humana. Al menos, personalmente creo que nos mostramos en una tríada plenamente hedonista en juventud, con un cierto cambio psicológico con aires estoicos en edad madura que nos llevará al desapego, al retorno de lo sencillo, a los puntos de partida, a las raíces. De igual modo, bordeará las preocupaciones humanas, a veces en lo social cuando no en la denuncia:

“¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida, con el alma a tientas, con la fe perdida, llenos de congojas y faltos de sol, por advenedizas almas de manga ancha, que ridiculizan el ser de la Mancha, el ser generoso y el ser español!”, leemos en el poema “Letanía de nuestro Señor don Quijote. En otro poema magnífico “Saluciones del optimista” nos dirá: *“Abominad la boca que predice desgracias eternas, abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos, abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres, o que la tea empuñan o la daga suicida. Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo, la inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra”*. La fatalidad del tiempo y de las perspectivas encuentra un lugar de honor con el poema “Lo fatal”: *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/, y más la piedra dura, porque ésta ya no siente/, pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo/, ni mayor pesadumbre que la vida consciente/. Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto/, y el temor de haber sido y un futuro terror/...Y el espanto seguro de estar mañana muerto/, y sufrir por la vida y por la sombra y por/ lo que no conocemos y apenas sospechamos/, y la carne que tienta con sus frescos racimos/ y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos/, y no saber adónde vamos/, ni de dónde venimos...!”*.

Por volver a las relaciones modernistas y parnasianistas, la dicotomía literaria y filosófica de lo “apolíneo” y lo “dionisiaco”, es decir de los principios de la integridad contra lo individual, de la luz contra lo oscura, o la civilización contra la naturaleza, aparece como referencia diferenciadora, aunque justo es decir que los pensadores griegos no lo plantearon en términos de oposición. Si el Parnasianismo buscó como evidencias : el arte por el arte, los textos objetivos e impersonales, las formas clásicas de la poesía grecolatina, los cuadros de descripciones preciosistas., los temas relacionados con el arte, la preferencia por la antigüedad clásica, una poesía descriptiva aludiendo a las musas inspiradoras del Monte Parnaso, el Simbolismo se esforzó para encontrar una perfecta musicalidad en sus rimas, mostrando un gran interés por lo subjetivo, lo irracional y lo metafísico y desde luego reaccionando en contra de los valores del materialismo y del pragmatismo. La

poesía descriptiva es ahora más misteriosa, buscando la metáfora, tratando de evocar impresiones, intuiciones más que la expresión de las ideas. Darío incluye este recetario en su obra, participa desde la libertad de la creación, desde su experiencia lectora, emocional y del propio contexto histórico y cultural (tendría que incluir en la parte que corresponda la vida tan al límite y con excesos que le llevó a una muerte prematura), en renovar la poesía con un nuevo lenguaje que atiende en las formas hispanas a la musicalidad francesa y constituyen la antesala de las Vanguardias. Por nuestra parte, Rubén Darío ofrece una obra tan incontestable como sugerente.